

## *Domingo VIII. Año C*

### **Introducción a una lectio divina sobre Lc 6,39-45**

---

Tras haber recordado los grandes misterios de la salvación, volvemos en nuestras celebraciones dominicales a centrarnos en Cristo Jesús, cuya actuación y predicación son la mejor explicación de Dios. Vamos a ir acompañándole en su ministerio público: viéndole acercarse a la gente, podremos adivinarle cercano a nosotros mismos; recordando las enfermedades que él curaba, nos volveremos más conscientes de las dolencias que todavía nos aquejan; oyendo las exigencias que puso a sus discípulos, distinguiremos mejor las que quiere imponernos a nosotros si le dejamos que se nos aproxime y que nos hable; la familiaridad con los relatos que la liturgia nos irá presentando en los domingos sucesivos puede ayudarnos a adquirir una mayor familiaridad con su persona. Vale la pena cualquier esfuerzo con tal de saberse a la escucha de Dios y en su compañía.

Precisamente el evangelio de hoy nos repite parte de un discurso que Jesús dirigió sólo a sus discípulos. Lo que de ellos exigía lo expresó con imágenes certeras, tan reales como la misma vida de la que surgían. Perderíamos hoy la ocasión de sabernos discípulos de Jesús, si no le concedemos nuestra atención; dejaría de ser nuestro Señor, si sus palabras no encuentran eco en nosotros, o sus exigencias seguimiento.

---

**En aquel tiempo, dijo Jesús a los discípulos una parábola:**

—«¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?

**Un discípulo no es más que su maestro, si bien, cuando termine su aprendizaje, será como su maestro.**

**¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano:**

**"Hermano, déjame que te saque la mota del ojo", sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano.**

**No hay árbol sano que dé fruto dañado, ni árbol dañado que dé fruto sano.**

**Cada árbol se conoce por su fruto; porque no se cosechan higos de las zarzas, ni se vendimian racimos de los espinos.**

**El que es bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque lo que rebosa del corazón, lo habla la boca.**

**I. Lectura: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice.**

**II. Meditación: aplicar lo que dice el texto a la vida**

Dirigiéndose a sus discípulos Jesús se pronuncia sobre las condiciones que ha de reunir quien pretenda presentarse como líder y maestro: quien no tiene visión suficiente y honestidad probada, quien desea guiar sin haber sido guiado, es un impostor, indigno de ser seguido; sólo es digno de responder de los demás quien ha aprendido a responder de sí mismo. Como al árbol bueno, cuyos frutos buenos lo caracterizan, al maestro cristiano se le reconoce por el bien que da de sí, por la bondad que explicita en sus obras, por la cordialidad que manifiestan sus palabras; según Jesús, la bondad, más que buen sentimiento, es acciones provechosas para los demás. Las palabras de Jesús, que tenían como destinatarios probablemente a los dirigentes del pueblo, nos sirven hoy para distinguir al maestro cristiano de quien aprender y para examinarnos a nosotros mismos, antes de proponernos como líderes de los hermanos: quien no ha aprendido, mal puede enseñar; quien no es bueno con los demás todavía, no debería pedir, mucho menos exigir, bondad de ellos.

**1. Aprendices de un solo maestro**

Lo sabemos muy bien: un ciego no puede ser guía de otro ciego. Quien no tiene luces suficientes para guiar su propia vida, ni se ofrece como guía a los demás ni comete la temeridad de dejarse guiar por otro ciego. Apoyándose en una máxima de vida evidente, Jesús desautoriza cualquier intento entre sus discípulos de presentarse uno mismo como la solución de los problemas de los demás; donde sólo hay un maestro, todos los demás son aprendices; si sólo uno tiene la luz, los otros viven en la oscuridad. Tener a Jesús como maestro, nos convierte a todos en discípulos, iguales en nuestro deseo de aprender de él e igualados por nuestras pocas luces. El discípulo de Cristo no debería olvidar que no puede aspirar a ser maestro quien, por estar aprendiendo todavía; no tiene la respuesta a todos los interrogantes de los hombres ni la luz para cualquier oscuridad en su vida, quien aún vive interrogándose a sí mismo e intentando iluminar su existencia; quien aún recibe instrucción, no puede aspirar a impartirla.

Los cristianos quizá hayamos delegado en otros con demasiada frecuencia el esfuerzo por escuchar a Dios; ahorrándonos el trabajo por individualizar sus exigencias, perdíamos también el entusiasmo que siente quien sabe estar escuchándole. Por preferir que fueran otros los que nos hablaran de Jesús y de su querer, le hacemos a él menos fácil que nos hable de su amor. Teniéndole a él como maestro nos sobran todos los demás aprendices de enseñantes, repetidores de su palabras, por buenos que sean; aprender directamente de su boca su querer nos llevaría a sabernos inmediatamente queridos por él. Sabremos que le importamos realmente si nos importa su enseñanza tanto como para aprender de él personalmente, sin intermediarios que entorpezcan nuestra convivencia con él; aventurémonos a ser guiados por Jesús y nuestra ceguera no acabará con nosotros en un hoyo. Y si no permitimos que nadie suplante en nuestra vida al Maestro, tampoco nos permitamos ser maestros de los discípulos de Jesús no sea que nos hagamos responsables de sus errores. a

Tras haber recordado los grandes misterios de la salvación, volvemos en nuestras celebraciones dominicales a centrarnos en Cristo Jesús, cuya actuación y predicación son la mejor explicación de Dios. Vamos a ir acompañándole en su ministerio público: viéndole acercarse a la gente, podremos adivinarle cercano a nosotros mismos; recordando las enfermedades que él curaba, nos volveremos más conscientes de las dolencias que todavía nos aquejan; oyendo las exigencias que puso a sus discípulos, distinguiremos mejor las que quiere imponernos a nosotros si le dejamos que se nos aproxime y que nos hable; la familiaridad con los relatos que la liturgia nos irá presentando en los domingos sucesivos puede ayudarnos a adquirir una mayor familiaridad con su persona. Vale la pena cualquier esfuerzo con tal de saberse a la escucha de Dios y en su compañía.

Precisamente el evangelio de hoy nos repite parte de un discurso que Jesús dirigió sólo a sus discípulos. Lo que de ellos exigía lo expresó con imágenes certeras, tan reales como la misma vida de la que surgían. Perderíamos hoy la ocasión de sabernos discípulos de Jesús, si no le concedemos nuestra atención; dejaría de ser nuestro Señor, si sus palabras no encuentran eco en nosotros, o sus exigencias seguimiento.

## **1. Aprendices de un solo maestro**

Lo sabemos muy bien: un ciego no puede ser guía de otro ciego. Quien no tiene luces suficientes para guiar su propia vida, ni se ofrece como guía a los demás ni comete la temeridad de dejarse guiar por otro ciego. Apoyándose en una máxima de vida evidente, Jesús desautoriza cualquier intento entre sus discípulos de presentarse uno mismo como la solución de los problemas de los demás; donde sólo hay un maestro, todos los demás son aprendices; si sólo uno tiene la luz, los otros viven en la oscuridad. Tener a Jesús como maestro, nos convierte a todos en discípulos, iguales en nuestro deseo de aprender de él e igualados por nuestras pocas luces. El discípulo de Cristo no debería olvidar que no puede aspirar a ser maestro quien, por estar aprendiendo todavía; no tiene la respuesta a todos los interrogantes de los hombres ni la luz para cualquier oscuridad en su vida, quien aún vive interrogándose a sí mismo e intentando iluminar su existencia; quien aún recibe instrucción, no puede aspirar a impartirla.

Los cristianos quizá hayamos delegado en otros con demasiada frecuencia el esfuerzo por escuchar a Dios; ahorrándonos el trabajo por individualizar sus exigencias, perdíamos también el entusiasmo que siente quien sabe estar escuchándole. Por preferir que fueran otros los que nos hablaran de Jesús y de su querer, le hacemos a él menos fácil que nos hable de su amor. Teniéndole a él como maestro nos sobran todos los demás aprendices de enseñantes, repetidores de su palabras, por buenos que sean; aprender directamente de su boca su querer nos llevaría a sabernos inmediatamente queridos por él. Sabremos que le importamos realmente si nos importa su enseñanza tanto como para aprender de él personalmente, sin intermediarios que entorpezcan nuestra convivencia con él; aventurémonos a ser guiados por Jesús y nuestra ceguera no acabará con nosotros en un hoyo. Y si no permitimos que nadie suplante en nuestra vida al Maestro, tampoco nos permitamos ser maestros de los discípulos de Jesús no sea que nos hagamos responsables de sus errores.

## **2. Ser buenos es ver con buenos a los demás**

No le falta razón a Jesús cuando nos recuerda que siempre la mota en el ojo ajeno se ve mejor que la viga en el propio. Nuestros males mayores no nos sonrojan lo suficiente como para dejar de creernos mejores; sólo porque no tenemos la valentía necesaria para encarar nuestros males nos dedicamos a inventar lo mal que viven, lo malos que son, los demás; perdemos tiempo en sanar de minucias a los demás, porque nos negamos a reconocer nuestras grandes dolencias. Jesús no desea que nos desintereseamos del mal que aqueja a nuestro prójimo, pero nos advierte que mal puede ayudar a sacar la mota quien lleva aún la viga.

No es que debamos volvernos insensibles ante los demás, es que antes tenemos que sensibilizarnos con nuestro propio estado: si no estamos en paz con Dios, si no estamos pacificados con nosotros mismos, de poco sirve que nos pongamos a pacificar el mundo. No es digno del discípulo de Jesús creerse mejor sólo porque sabe que los demás no son tampoco lo suficientemente buenos; lo que cuenta no es lo que nosotros pensemos de nosotros mismos o de cómo vemos a los demás; para el cristiano cuenta sólo lo que Dios piensa de él y cómo lo está viendo; mirándonos a la luz de Dios, repararemos mejor en nuestros defectos y tardaremos más en descubrir los de nuestro prójimo.

## **3. Hacer el bien para ser buenos**

Y es que no va a ser por lo que los demás piensen de nosotros ni por cuanto digamos ser nosotros mismos, sino por la calidad de nuestra vida por lo que seremos reconocidos como discípulos de Jesús. El árbol, si es sano, da frutos sanos; al frutal se le reconoce por sus frutos, nos recuerda Jesús. Seremos discípulos de Jesús si nos comportamos como Jesús ha enseñado; no se trata de conocer sus palabras, sino de vivirlas; como no se pueden esperar higos de las zarzas, hay comportamientos que nos identifican como cristianos y otros que nos desacreditan. No todo puede ser dicho o hecho por el cristiano; quien quiera autenticarse como discípulo de Jesús en el mundo no podrá contentarse con no llamar la atención, con no levantar sospecha, con dejar que su vida se explique según la moda del momento. Si su vida está en contradicción, o sólo la silencie, la vida de Jesús, su pensamiento y su actuación, ha dejado de ser su discípulo.

Hoy son mayoría los cristianos que creen serlo sin tener que ser diferentes de los que no lo son; ¿por qué, nos advierte Jesús, no esperamos vendimiarnos de los espinos y dejamos de exigirnos los creyentes una vida de fe, a los cristianos una opción por Cristo sin ambages ni dilaciones? No tendríamos que engañarnos: Jesús pide a sus discípulos, ayer como hoy, un comportamiento en consonancia con su doctrina, de la misma forma que nosotros exigimos a la higuera higos y a la vid racimos. Si no logramos comportarnos como sus discípulos, es que no tenemos a Jesús como maestro. Todas las demás razones no dejan de ser malas excusas. Pidamos hoy a Jesús que nos ayude a ser sus discípulos, que sea él nuestro único guía y la luz de nuestra vida, que fije su morada entre nosotros para que logremos sentir su mirada sobre nuestra vida y verla a su luz. Pidámosle, en especial, que él sea dueño de nuestro corazón para que nuestros labios rebozen de sus palabras y nuestras manos hagan sus obras: pidámosle, por fin, que sea bueno con nosotros para que podamos ser nosotros buenos con los demás.